

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:

George Sanders. El hombre que parecía no querer nada

Autor/es:

Marías, Javier

Citar como:

Marías, J. (1996). George Sanders. El hombre que parecía no querer nada. Nosferatu. Revista de cine. (20):78-81.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/40964>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



George Sanders

El hombre que parecía no querer nada

Javier Marías

Lo más fascinante de George Sanders era que siempre daba la impre-

sión de haber podido estar en otra parte y no en las múltiples películas que interpretó, o ni

siquiera en la industria del cine. No es tanto que transmitiera desdén por el arte que lo

hizo famoso y le dio dinero y también un Oscar cuanto que parecía haber caído en ese mundo sin desearlo y sin por tanto tomárselo en serio, como un noble destinado a llevar vida de noble que se hubiera visto obligado a trabajar como un burgués en algo cómodo y no muy digno que no estaba a su altura ni le costaba demasiado esfuerzo. Y posiblemente algo había de eso, por los pocos datos que sé de su vida. Como si fuera un segundo Nabokov, había nacido en la misma ciudad que éste, San Petersburgo, siete años después, en 1906, hijo del dueño de una fábrica y de una horticultora, creo que británicos ambos, y hubo de abandonar Rusia con la llegada de la Revolución, asimismo como Nabokov. También sé que se dedicó inicialmente al negocio textil y al cultivo del tabaco, y que sólo en los años treinta, con la depresión económica, empezó a actuar en papeles pequeños de teatro y cine, hasta que fue contratado por Ho-

llywood en 1936 para la película **Lloyds of London**. Quizá fuera literalmente así, un hombre de negocios exiliado y con el sentimiento de estar inmerso en un mundo pueril de villanos y héroes y fingimiento en el que su verdadera vida trazada se iba alejando, o difuminando, o perdiendo. Nunca pensé que el Humbert Humbert de **Lolita** que encarnó James Mason fuera superable, hasta que se me ocurrió la posibilidad de que lo hubiera hecho George Sanders.

En sus interpretaciones hay una especie de extraña superioridad, lo cual puede ser nefasto para un actor pero para él no lo era, tal vez por la clase de papeles altaneros y burlescos en que se especializó muy pronto, tal vez porque junto a esa superioridad hay una elegante aceptación de la inferioridad en que se hallaba envuelto. Esto es, George Sanders inquieta y desazona tanto en sus apariciones porque es un individuo que jamás se en-

gaña. Ni él ni sus personajes, que desde luego nunca fueron ingenuos ni autocomplacientes, pero todavía menos auto-indulgentes. George Sanders sabe siempre lo que está bien y lo que está mal, es alguien que conoce la rectitud y no sólo eso: la reconoce cuando la ve. Y sin embargo, con plena conciencia, se aparta de ella, la zahiere y le hace burla, la combate y la pervierte, la lastima si puede. Rara vez físicamente: no se trata de un villano clásico y de una pieza como pudieron llegar a serlo grandísimos actores secundarios como Jack Palance, Lee Marvin o el inimitable John Carradine. Es alguien que podría haber sido otra cosa, alguien como cualquiera de nosotros y que parece haber elegido el mal, o quizá es el mal quien a él lo ha elegido. No lo lleva en la sangre como los antes mencionados u otros menos eminentes como Jack Elam o Neville Brand, no estaba abocado a ese mal ni por su aspecto ni por sus modales



Los contrabandistas de Moonfleet



ni por su carácter, que no es iracundo ni acomplejado ni despótico ni resentido, sino irónico y paciente y a menudo sarcástico. No suele pegar a nadie ni emplear la violencia -a lo sumo una bofetada-, sus únicas armas son las palabras y la actitud, el cinismo más que la hipocresía, a menudo un sombrero y unos guantes. Cuando hace de personaje cruel, sabe que lo está siendo, ha optado por ello; cuando de cobarde, está enterado de que en el mundo existe la conducta contraria, y asiste tranquilamente a su propia cobardía, la consiente; cuando de intrigante, conoce a la perfección las reglas sucias del juego y no se permite vacilaciones ni arrepentimientos. Lo que conmueve en él y desasosiega es que asume su maldad como tal y nunca la excusa ni la disfraza. No se regodea en ella, sino que más bien la incorpora a su persona como algo que pudo evitarse pero no se evitó, con conformidad por tanto: hay que cargar con las consecuencias y llevar hasta el fin esa opción que quizá fue dura de asimilar un día ya muy lejano que sin duda Sanders recuerda perfectamente, pero en el que no se permitirá pensar mucho, menos aún compadecerse ni lamentarse por él, aquel día en que se torció su vida.

Sanders escribió una notable novela policiaca que leí hace mucho, *Crimen en mis manos*, y una autobiografía titulada *Memorias de un sinvergüenza profesional*, que no conozco. En la novela hay una divertida parodia de las películas de los detectives El Santo y El Halcón que interpretó en serie en los años cuarenta y de los que acabó tan harto que logró deshacerse del segundo papel recomendando que lo sustituyera

su hermano mayor, el actor Tom Conway, conocido sobre todo por sus apariciones con bigotito enfermizo y maléfico en *Cat People* y *I Walked with a Zombie*, de Jacques Tourneur, y con mucha menos suerte en su carrera pese a compartir con Sanders una voz heladora, esa voz suave y vibrante que parecía ir de fuera a dentro, como si a cada palabra soltada con frialdad o displicencia o indiferencia le correspondiera un tremendo esfuerzo por acallar en su interior tonalidades más cálidas y afectuosas, sepultadas y olvidadas para siempre cuando fue elegido el camino oscuro. Se oye a Sanders cuando se oye decir a Conway: "*Todo lo bueno muere aquí. Hasta las estrellas*". Y se lo oye también un poco en el Capitán Garfio, a quien prestó la voz el aún más exiliado hermano.

George Sanders resulta enormemente atractivo para algunas mujeres que conozco, aun-



El retrato de
Dorian Gray

que su físico no era el de un galán en absoluto. Demasiado grande y levemente cabezón, con un aire nada juvenil ni cuando era joven, el pelo débil y con entradas, había en su aspecto algo blando y suavón que sin embargo desmentía su comportamiento tan cínico y descarado. Rex Harrison lo llamó "*serpiente perfumada*" en **The Ghost and Mrs Muir**, donde borda su papel de granuja sin escrúpulos, como en **Rebecca** o en **All about Eve**, **Eva al desnudo**. En esta última película trató fatal a Bette Davis, abofeteó a Anne Baxter y se dirigió a Marilyn Monroe con tanta condescendencia como jamás lo hizo nadie, ni siquiera el más conmovido Louis Calhern (otro maravilloso secundario) en **The Asphalt Jungle**. También es memorable haciendo de convincente nazi con monóculo en **Man Hunt** de Fritz Lang, con quien trabajó asimismo en **Moonfleet** y **While the City Sleeps**. La boca era fina y a la vez carnosa, como si cambiara de forma y tamaño según las intensidades a que sometía a los otros; la nariz algo voluminosa y nada recta, la carne de la cara un poco flácida, cuando se fue haciendo mayor levemente perruna, la frente siempre bien amplia y las cejas móviles aunque sobrias. Pero los ojos resultaban temibles con su gelidez guasona y su impasibilidad hiriente. Si él no se engañaba a sí mismo, más difícil aún era que lo engañaran los otros. Sanders es alguien que no sólo ve y conoce sus propias flaquezas, sino las de los demás, y al primer golpe de vista, lo cual resulta insoportable. Frente a él cualquier otro personaje -cualquier otro actor o actriz- es vulnerable y está desnudo y por lo tanto no será respetado. Sanders conoce la codicia de quien la tiene y la cobardía de



quien la sufre, la envidia y el rencor y el odio; sabe a quién puede convencer o comprar y a quién no, y con éste ni siquiera se molestará en intentarlo. Sanders es el villano que sabe, quizá es el hombre que más ha sabido de cuanto le rodeaba, en una pantalla.

En **Viaggio in Italia** tuvo uno de sus escasos papeles protagonistas, junto a Ingrid Bergman y dirigido por Rossellini. La verdad es que como marido de ficción respiraba todo menos fiabilidad, y sin embargo es presumible que en la realidad tuviera debilidad por su segunda mujer, la frívola actriz húngara Zsa Zsa Gabor, una de las más célebres devoramaridos de Hollywood, ya que la cuarta y última señora Sanders fue una hermana menor y menos célebre, Magda Gabor.

Estaba ya separado de todas cuando se mató, tras unos últimos años en que se arrastró,

con más ironía y distanciamiento que nunca, por coproducciones europeas, alguna de ellas dirigida por mi tío Jesús Franco, quien me contó anécdotas excelentes de aquel malvado deliberado. Se mató en España, si mal no recuerdo en su habitación de un hotel de Castelldefels -duro exilio-, con una sobredosis de somníferos. Dejó una nota en la que se quejaba de aburrimiento y en la que se dirigía al mundo en el mismo tono despreciativo y despiadado que tantas veces empleó en el cine: "*Ahí os quedáis todos, en esta mierda*", algo así decía. Fue en 1972 y tendría sesenta y seis años. Quizá fue la única vez que en verdad quiso algo, porque esa era justamente la sensación espantosa que George Sanders transmitía en sus interpretaciones: parecía el hombre que sabía lo que querían todos, incluso antes de que lo supieran ellos, mientras que él parecía no querer nada.